

Cuatro ventanas a la Huerta

Antonio Labaña

I

En el principio no existía la Huerta. Todo era agua asentada en el valle. No empezó a existir el lodo hasta que no medió el amor entre el agua y la tierra. Apareció después la semilla dispersada por el barro, y en la humedad de su espera abultó en su cintura la promesa agradecida de los frutos. Despuntó el árbol y se hizo el huerto, y acudió el hombre a recoger la cosecha no esperada, y al comprobar que todo aquello era bueno aportó con sus brazos el trabajo para dividir la tierra en bancales y encauzar el agua desatada por acequias y brazales.

Crecieron los árboles a la frescura del riego y los húmedos quijales se poblaron de cañas, mientras que al pie de los remansos de los partiores germinaron los tallos del membrillo. Se hizo caliente la luz como un soplo regenerador de vida, y a su caricia toda la huerta se hizo flor blanca y yema verde que brotaban de los tallos jubilosos de los árboles. La sabia hasta entonces adormecida, despertó de su letargo ante el mensaje de aroma que el azahar le enviaba, y con el gozo de saberse bienaventurada recibió como cada año, el anuncio de la primavera que el Ángel de Salzillo le tría enredado entre el aire barroco de sus alas.

A su presencia reventaron de olor los alhelies y la semilla se durmió entre la tierra con sueños repletos de cosechas, mientras las norias cantarinas lanzaban al viento sus romances circulares de agua. Se abrieron las tapaderas antiguas de las arcas y un olor a flor de alábega salió enredado entre el sagrado ajuar del nazareno. Y se hizo música la tarde, para que el aire contuviera el lamento pasionario de las Correlativas, y hasta el sol, quiso descender hasta las tibias andanas de las barracas para

hilar junto al gusano la hebra dorada de la seda.

Entre tanto la huerta trasnochadora y jaranera, parecía cubrirse bajo la comba azul de un pomposo refajo salpicado de estrellas.

II

Amanece el día azul y limpio. Al sol, desde el largo solsticio de verano, le ha nacido una certera vocación de horno, porque junio viene cabalgando echo tormo y rastroj, trilla y cosecha, mientras la huerta, en la mágica víspera de San Juan, quiere sentirse noche iluminada al ver que sus hogueras rivalizan en su luz con las estrellas.

A la orilla de los veraniegos atardeceres florecen los tímidos «donpedros» amarrados a la frescura perenne de los brazales y los pozos, y en las puertas de las encaladas barracas, enredados entre los arabescos enrejados de cañizo, extienden las parras sus pámpanos y racimos para hacerse sombra fresca que reste calor a las siestas solitarias habitadas de chicharras, mientras que por la Virgen de agosto traen las madrugadas un chirriar de carros y tartanas, que parten anualmente hacia la costa, para adentrar al huertano en la humedad salada de las playas.

Entre tanto, toda la huerta se ha hecho cosecha, y como antigua despensa casera huele a manzanas maduras, a melocotón azucarado, a higos rallados, ciruelas doradas y a albaricoque hecho almíbar. Es como un aroma dulce de colmena que esparce su perfume en la plenitud gozosa de su sazón hasta llegar a los campos pardos de luz y glebas, en donde maduran al sol los carnosos melones y las sofocadas sandías.

Por las acequias y brazales, camina el agua repartiendo su mensaje

de frescura, para que a su roce verdezcan las higueras y los granaos, mientras las palmeras, desde su altura solitaria y desafiante, intenta abanicarse en la calina sofocante del mediodía.

Al atardecer nace el bullicio en los maizales, se abren las barracas, vuelven otra vez a florecer los vesperinos «donpedros» y se rocían las puertas y las eras a golpe de caldero. Acuden los mozos y arrecia el bullicio. Las panochas encarnadas aguardan impacientes la sorpresa del beso, mientras el agua fresca, esta vez contenida en la arcilla blanca de los botijos, se convierte en camino de frescura para aliviar la sed en el trabajo.

III

En el otoño, se descuelga el sol sobre la huerta con la placidez y transparencia de una gota de aceite derretido.

Entra octubre rompiendo el cristal de sus auroras con las salves vespertinas del Rosario. Desde los campos de cepas de Yecla y Jumilla, de Bullas y Ricote, llega un olor moscatel saturado de canciones de lagar y de mosto que habla de viñedos maduros redondos de dulzura, mientras que por los planteles de crisantemos de la huerta, se respira un perfume a cementerio festivo, y en la estancia hogareña de las barracas se huele a gachas y arrope, a tostones y castañas, a dátiles y níscolas, a cáquiles repletos de un sol de dulce atardecida y a tazones de aceite en donde se consumen las lívidas mariposas de las ánimas.

Pero el otoño, además de traer el barro con que después el alfarero modelará el jarro y la fuente, el plato y el botijo que un día con el pan estarán en nuestras mesas, también suelen arrastrar un halo infinito de

tragedia cuando desde las motas de las acequias avisan las caracolas que el río se ha salido de madre y que viene el agua embravecida derribando casas y árboles, bancales y cosechas, sembrando un dolor desesperado cuando las baldomeras también arrastran con la vida.

Se hace oscura la tarde, cuando el viento presagia los caminos torrenciales del agua entre lejanos ladridos de perros. Sólo queda tiempo para la huida: Tendrá que ser Dios quien cuide de la huerta en su abandono, porque otra vez las caracolas resuenan por la vega con la ronca y temida alarma de su aviso.

IV

En la huerta amanece el invierno con misas de gozo.

De las bocas de los hornos morunos sale un olor caliente a crecientes cocidas y a masas dulces heñidas a

brazo con huevos, almendras, manteca y canela.

Se llenan las despensas de azuca-
rados y densos olores de repostería
navideña almancenada en redondos
lebrillos y orzas antiguas de verdes
vidriados.

De las puertas de las barracas
llega un olor a cominos, anís, oré-
gano y clavillo escapado de las cal-
deras de cobre de las matanzas,
mientras en los corrales huertanos
gorjean los pavos engordados con
panizo y orujo de almazara.

Se blanquea con cal el suelo api-
sonado de las casas, se desollinan las
salas y se adornan las lejas de la co-
cina con limones de la nueva cose-
cha.

En las orillas de los bancales se
podan las moreras, mientras en los
huertos las naranjas terminan de en-
dulzar al sol la molla dorada de sus
gajos.

Toda la huerta se limpia y abas-

tece en la espera jubilosa que pre-
cede al nacimiento del Niño Dios.

Se convierte el aguilando en ro-
mancero festivo y obligado en el ci-
clo navideño que comienza el día de
la Purísima. Se cantará después al
Niño en Nochebuena, y a partir de
entonces hasta Año Nuevo, las
Hermandades de Animas y las Cam-
panas de Auroros recorrerán el ve-
cindario felicitando las pascuas y so-
licitando limosnas. Saldrán a la
calle los Inocentes para dar con su
anacrónica y chillona vestimenta un
toque típico de mascarada navideña,
y se enfrentarán los mozos en las
pugnas dialécticas de los bailes de
puja aspirando bailar con la moza
más guapa del contorno, mientras en
un cruce de caminos o carriles, una
niña vestida de estrella espera la lle-
gada de unos Reyes Magos que son
labradores, y que sin haber estado
nunca en Oriente, todos los años van
a Belén para adorar al Niño. ■

